



La medida del nuevo gobierno de la Alemania del Este de abrir sus fronteras con la RFA y dismantelar el muro de Berlín, es una prueba espectacular de los cambios que se están produciendo en el Este.

¿El final de la Guerra Fría?

RAFAEL L. BARDAJÍ,

Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

EN los últimos meses ha venido cuajando en el mundo occidental un sentimiento de victoria ante lo que parece un inevitable y seguro colapso del mundo comunista en tanto que tal. Así, analistas, organismos y gobiernos han dado reiterada expresión de lo que podríamos denominar una "conciencia complaciente" según la cual, las reformas emprendidas en Moscú y en otras capitales del bloque del Este son la prueba palpable de la crisis de su sistema económico a la vez que los pasos decisivos para el cambio de su totalitario régimen político. Los países socialistas estarían iniciando su andadura hacia

la democracia pluralista en lo político y hacia el capitalismo dirigido en lo económico. Igualmente, esta singladura hacia la occidentalización supondría un cambio en la naturaleza agresiva del Este y, por tanto, la progresiva desaparición del enemigo y de la amenaza de un conflicto.

Esta "conciencia complaciente" que asegura que lo peor de las relaciones internacionales del 45 a nuestros días ha quedado ya atrás, ha venido incrementando su audiencia en las últimas semanas con los cambios que están teniendo lugar de manera acelerada en los países del Pacto de Varsovia y, muy especialmente, tras la medida del nuevo

gobierno de la Alemania del Este de abrir sus fronteras con la RFA y mostrar su voluntad dismantelando el por tantos años infame "muro de la vergüenza" de Berlín. La CE convoca una reunión de urgencia para tratar de establecer una política consistente hacia el Este, la OTAN se reúne extraordinariamente para analizar y aprovechar las promesas de cambio, la prensa lanza el eslogan de que la guerra fría se ha terminado y expertos y académicos teorizan sobre la inutilidad de la fuerza en el mundo actual y se cuestionan la viabilidad de las alianzas militares en el mañana. ¿Pero es posible que todo esto sea verdad?

La conciencia complaciente

El optimismo histórico de que Occidente ha ganado la batalla abierta contra el socialismo desde la misma revolución rusa del 17 y, muy agudizada, desde 1945, se ha expresado alrededor de tres ejes distintos aunque no excluyentes: de manera más inmediata, en el fin de la guerra fría y la transformación del mapa político en Europa; en segundo lugar, en la inutilidad de la fuerza como instrumento de las relaciones entre estados, esto es, el final de las guerras; y, en su forma más radical, como ha defendido brillante y provocativamente el analista de la RAND, Francis Fukuyama, en la victoria universal del liberalismo, en el final del enfrentamiento ideológico entre los sistemas y, por tanto, en el fin de la historia.

Todas estas corrientes tienen un punto de arranque común, la crisis mortal del comunismo y las transformaciones y el cambio que se experimenta en el Este. O si se prefiere, se piensa que la erosión generalizada y global del sistema socialista vuelve imposible su perpetuación como tal y obliga a adoptar cambios que llevan a sistemas políticos y económicos de corte democrático-liberal. Igualmente, esta transformación interna debe tener un reflejo en la política exterior de los países del Este así como en su política de seguridad y militar. Es más, se defiende, es posible ver ya ejemplos, tanto en las palabras de Gorbachov como en sus actos, de pasos en esa dirección renovadora, regeneración social que es mucho más evidente en países como Polonia, Hungría o la misma RDA.

Paradójicamente, quienes apoyan estas corrientes de opinión, a pesar de estar convencidos del rumbo histórico hacia la liberalización de los países del Este, también juzgan el proceso como frágil y susceptible de retrocesos dramáticos, por lo que se estima la ayuda occidental hacia las reformas como la única política realista y posible por parte occidental. Hace un año llegó a hablarse de un candoroso "plan Marshall" para la URSS.

La visión precavida

Naturalmente, junto a quienes se muestran partidarios de abrazar desde ya mismo las posibilidades



Egon Krenz, nuevo líder de la República Democrática de Alemania.

abiertas por Gorbachov, ha surgido una visión alternativa muy consistente aunque con mucha menos audiencia pública que la optimista. Esta tendencia suele ser calificada de escéptica cuando no de inerte y perpetuadora del clima de guerra fría, clima que, por otra parte, ya no existe más.

La tesis fundamental de esta escuela de pensamiento es que ninguno de los cambios realizados por los líderes soviéticos es irreversible. Al contrario, tal y como piensan los optimistas, fuerzas conservadoras —u otros vericuetos históricos— pueden dar al traste con la buena voluntad de Gorbachov, concediendo que ésta es efectivamente buena. Es más, parecería que Gorbachov ha conseguido un clima de confianza y buena disposición occidental hacia su liderazgo más con promesas que con hechos: la *perestroika* se ha revelado como un sonado y estrepitoso fracaso; la *glasnost* parece encontrar ya sus límites, al menos en la Unión Soviética; y la política y la producción militar lejos de alterarse, se mantiene como en los viejos tiempos. Es más, el gasto de defensa ha crecido más que en los últimos años de Brezniev. O si se prefiere, mayor confianza, menor imagen de amenaza, pero igual nivel de capacidades militares a pesar de todo.

En consecuencia, y contrariamente a los optimistas, los escépticos se muestran muy cautos al referirse a la ayuda que Occidente puede ofrecer al Este. El dinero generoso

puede retrasar las reformas más que potenciarlas, ya que disminuye las presiones internas de los soviéticos. Es más, si se da un fracaso de las reformas toda esa ayuda sería instrumentada por los nuevos líderes conservadores.

Qué, no quién

Por muy encontradas que parezcan, ambas corrientes teóricas coinciden en un punto esencial: el dilema para occidente deriva de la naturaleza del gobierno que haya en Moscú, la naturaleza interna determina en última instancia la política externa y da pie a unas relaciones internacionales u otras. En lo que no coinciden es en las posibilidades históricas para que el carácter totalitario y soviético pueda transformarse sustancialmente y el bloque del Este, por decirlo de alguna manera, se occidentalice. Pero para ambos casos, Gorbachov, o las fuerzas sociales detrás del cambio, son elementos explicativos esenciales. De ahí que un cambio en la actitud se entienda como la clave del éxito para la desaparición del enemigo soviético, el fin de la guerra fría y el triunfo del liberalismo universal.

Sin embargo esa no es la cuestión. No se trata de saber que el culpable de la guerra fría tiene la intención de cambiar y que, de hecho, está cambiando. Más bien se trataría de preguntarse que es lo que ha causado el enfrentamiento de los sistemas y bloques y si esas condiciones se están modificando radicalmente como para dar nacimiento a un nuevo mundo, a un nuevo sistema internacional.

Desde una perspectiva neorrealista de las relaciones internacionales, desde una visión de la política de poder, la división de Europa sostenida por las armas ha sido la expresión más clara de la guerra fría y del enfrentamiento Este-Oeste. Sin embargo, la superación de la misma —de la que la destrucción del muro de Berlín se presenta como un símbolo— no es condición suficiente para afirmar que el antagonismo entre los bloques ha llegado a su fin. Si Europa fue dividida ocurrió porque en su momento sólo había dos superpotencias que tuvieran la capacidad de imponer su voluntad. De ahí que mientras Europa siga siendo un conjunto heterogéneo, carente de una identi-

dad, falto de una integración política y militar, no habrá poder que reemplace esas potencias que desde el 45 ocuparon el vacío dejado por los derrotados y por unos pocos vencedores exhaustos.

Sin un tercer bloque, el juego de las grandes potencias sigue en manos de dos naciones y en el tablero europeo, la URSS podría jugar un papel dominante sobre todos y cada uno de los países del Viejo Continente, incluida una futura Alemania reunificada. Sin un tercer poder, los EEUU tienen que conservar sus garantías de seguridad en este lado del Atlántico —sin prejuizar que éstas se logran con una presencia directa o de otra forma—. Europa es demasiado importante para Norteamérica como para dejar que los europeos sucumban ante la potencia indirecta soviética.

Las democracias también luchan

La idea base que subyace a la visión optimista del cambio en la URSS estriba en el convencimiento de que las democracias y los regímenes liberales no van a la guerra fácilmente entre ellos. Por tanto, si la URSS camina hacia una democracia —aunque sea de un tipo peculiar— su progresiva liberalización volverá inútil su potencia militar y el mundo volverá a ser una balsa de aceite.

El problema que parecen olvidar quienes así razonan es que el mundo, antes de la existencia de sistemas socialistas, no era ni mucho

menos un mar en calma, sino que la paz parece haber sido el bien más escaso de la humanidad a tenor del número de guerras y muertes sufridas. El mundo contemporáneo se caracteriza por ser un universo fragmentado en el que los Estados son los actores soberanos y cuya propia seguridad parece ser su primordial razón de ser. De esta forma, en el sistema internacional prima el conflicto sobre la cooperación, ya que cada uno busca su bien máximo sobre el destino de los demás. A falta de una autoridad suprema, el conflicto tiende a conducir irremediablemente al estallido armado, siendo la fuerza la última *ratio* para medir las voluntades en la arena internacional.

No obstante hay que conceder que el registro histórico enseña que las democracias no han guerreado entre sí en los dos últimos siglos y que, en consecuencia, podría pensarse que los regímenes democráticos son por naturaleza pacíficos. Pero esto no dejaría de ser una falacia: las democracias han luchado contra países no democráticos allí donde lo han juzgado necesario y cuando lo han querido, baste el ejemplo del Reino Unido y Argentina en el conflicto de las Falklands/Malvinas. O Israel y las sucesivas guerras con los árabes o en el Líbano. O Estados Unidos y Granada. O Francia en el Chad. Las democracias son excepción en el panorama mundial contemporáneo y nada nos hace pensar que van a expandirse aún más.

Evidentemente, puede argüirse que el problema que interesa es el futuro de nuestras relaciones con la URSS y no con el tercer Mundo. Y es cierto. ¿Sería pensable una guerra con una Unión Soviética democrática? Hay toda una escuela de geopolítica y geoestrategia que opina que independientemente de la naturaleza del sistema, la configuración de Rusia —blanca o roja— obliga a unas líneas de actuación cuasipermanentes: la Rusia bolchevique aplastó la revuelta húngara en 1956, la Rusia zarista ya había aplastado la revolución allí en 1848; Stalin ocupó Berlín en 1945, los soldados zaristas la saqueaban en 1760. Y hay muchos más casos.

Sin embargo, es indudable que una transformación radical de la URSS significaría una modificación igualmente dramática de la arena mundial. Para Europa significaría la vuelta a la política del equilibrio de poder, un sistema de alianzas flexibles y mudables cuyo principal objetivo durante los siglos XVI al XVIII no era evitar la guerra, sino impedir la hegemonía de alguno de los participantes. ¿Sería posible retornar a tal sistema hoy? ¿Sería deseable? La actual interdependencia económica y el nivel de destructividad acumulado lo hacen aconsejable.

Es posible que la guerra fría se acabe, pero no olvidemos que en la Historia, cuando no ha habido guerras frías han sido guerras calientes lo que se ha producido. ■

Efemérides aeronáuticas

DICIEMBRE. El 24 de este mes del año 1931, despegaba de Tablada el sesquiplano "Gran Raid", 12-71, construido en la factoría de Construcciones Aeronáuticas, en Getafe; iba tripulado por el capitán Cipriano Rodríguez Díaz "Cucufate" y el teniente Carlos de Haya González, que se proponían alcanzar en un solo salto nuestra colonia más alejada de la metrópoli: Río Muni en el golfo de Guinea.

El vuelo, cruzando sobre las amenazadoras cumbres del Atlas, el Sáhara por su parte más ancha y desolada, y la espesa selva del Níger, transcurrió con toda felicidad, pasando los aviadores la Nochebuena en el aire y aterrizando el día 25, a las 2 de la tarde, en un campo que para ellos se había dispuesto al sur de Bata. Habían volado 4.312 kilómetros en poco más de 27 horas, a una velocidad de 158 kilómetros por hora.

LARUS BARBATUS